

Pasión en una carnicería

Miguel Huevo Mixco

Recuerdo la frustración que le produjo a Carlos Monsiváis la visita a una librería en San Salvador. Buscaba las obras de los autores locales y de la región. «¿Dónde los encuentro?», preguntó. Miró las vitrinas colmadas de novedades de los grandes consorcios editoriales y dijo entre dientes: «Aquí también se impone la dictadura del mal gusto».

Aquello ocurrió en 2002. Los libros que buscaba Monsiváis estaban por allí, en cuarta fila, detrás de los *best-sellers* y los textos de autoayuda, pero los había. Ahora hay menos, y buena parte de los que llenan los estantes de las tres librerías más grandes de San Salvador han sido publicados por los autores mismos.

Muchos coinciden en decir que el aparato cultural del Estado se encuentra en uno de los momentos más críticos de toda la posguerra. (De hecho, el país entero parece enfrentado con su sombra). Para el tema que nos interesa, esa crisis tiene una expresión particular en el mundo de los libros.

La Dirección de Publicaciones e Impresos (DPI), fundada a mediados del siglo XX por Ricardo Trigueros de León, ahora yace en estado de coma. Esta casa editora fue responsable de la creación del primer canon de la literatura salvadoreña. Con financiamiento del Estado creó un rico, bien hecho y bien pensado catálogo de autores salvadoreños y centroamericanos, al que integró al nicaragüense Pablo Antonio Cuadra, el hondureño Rafael Heliodoro Valle, la costarricense Carmen Lyra y el guatemalteco Rafael Arévalo Martínez.

La Editorial Universitaria, por su parte, tuvo un papel protagónico en la irrupción del grupo de escritores de la beligerante generación de Roque Dalton; sin embargo ahora se encuentra paralizada. De igual manera, está tullida UCA Editores, fundada por Ítalo López Vallecillos, que durante los años 90 publicó la

principal literatura testimonial derivada del conflicto armado interno.

Ahora hay menos libros, inclusive en las librerías de viejos. Y más maquinaria inservible, viejas Sor, Minerva o Heidelberg, dinosaurios de la era predigital, acumulando moho y polvo en talleres semiabandonados.

También hay nuevas iniciativas, como las editoriales alternativas Índole, Equizzero, Cabuda Cartonera y, recientemente, Revuelta. Publicar libros requiere entusiasmo, resistencia y rigor (Jorge Herralde)... y algo más. Es una lucha incruenta pero rodeada de cadáveres. Para llegar a los lectores debe sortearse un laberinto erizado de riesgos.

El Salvador es probablemente el país de Centroamérica donde es más caro producir cualquier cosa, incluidos libros. Luego, tampoco es un país de lectores. El promedio nacional de años cursados alcanza apenas la educación primaria. Muchos niños, en vez de ir a la escuela, se quedan ayudando en las tareas domésticas, como acarrear agua, pues en cinco de cada diez viviendas rurales no existe conexión por cañería, y en la mitad de las viviendas urbanas no existe un inodoro.

En este siniestro jardín se producen un promedio de 64 homicidios por cada cien mil habitantes, una cifra escandalosamente alta si consideramos que la OPS establece que 10 homicidios por cada cien mil habitantes es considerada como una epidemia.

Es difícil leer cuando se huye. Tres de cada diez salvadoreños viven fuera del país, la inmensa mayoría en condiciones irregulares, sin papeles. Para ingresar a Estados Unidos, su principal destino, tuvieron que atravesar México perseguidos y vejados por los Zetas y las autoridades migratorias.

Por un capricho de las desigualdades, El Salvador ocupa la posición 31 entre 139 países con más teléfonos celulares por habitante. Hay 121 móviles por cada 100 habitantes, una cifra superior a la de países como Estados Unidos y Japón.

Meados, sangre y chatarra. Las sociedades desiguales son negativas para todos los que viven en ellas, incluidos los más privilegiados.

Con uno de los gastos en consumo más altos del mundo, el mercado salvadoreño de libros es ridículo. Los hogares destinan

como promedio el 0.6 por ciento de su presupuesto para libros, esto es un poco más de tres dólares al mes.

Las desigualdades también ponen en desventaja a los mejores. Horacio Castellanos Moya cuenta que el editor de Tusquets le dijo: «Me gustan tus libros, lástima que no tengas país». «No tener país», en este caso, no tiene nada que ver con el exilio. Significa que los compradores salvadoreños no constituyen un mercado significativo para una editorial del tamaño de Tusquets.

Las pocas librerías que existen apenas acogen las producciones nacionales. La publicación de libros no hace noticia. La mayoría de medios de comunicación carecen de secciones culturales. Hay poca promoción de las obras escritas por salvadoreños. Tampoco existen publicaciones especializadas sobre libros, ni crítica literaria profesional. Sopréndanse: la Biblioteca Nacional, fundada en 1870, posee un acervo de literatura nacional de poco más de 800 volúmenes... En fin.

Gabriel Zaid calculaba hace unos años que la humanidad publica un libro cada medio minuto. La contribución salvadoreña a ese monumento de papel y letras, en 2010, fue de 8.7 libros por mes. O sea, 0.29 libros por día, que es igual a 0.01208333333 por hora, que es igual a...

Las preguntas que nos hacemos, entonces, no son muy distintas a las que se hacen autores y editores en otros lugares de Hispanoamérica. Si imprimir libros es tan caro, ¿debemos adoptar las publicaciones electrónicas? Entonces, ¿cómo accederemos a los lectores que no forman parte del reducido número de personas conectadas a internet?

Ante la avalancha de autopublicaciones electrónicas de poemas, narraciones, ocurrencias y hasta estupideces, ¿debemos decretar la revocación de la figura del editor?

Si nuestros libros –salvo los incluidos en los programas escolares– no tienen mercado, ¿por qué seguir insistiendo en que se nos permita ingresar a un espacio de donde nos sabemos excluidos?

¿Si en los medios hay indiferencia, por qué no trabajar entonces con los blogs y revistas virtuales que es donde la literatura encuentra algún eco?

¿Debemos cruzarnos de brazos a esperar que alguien toque a la puerta para ofrecernos la publicación de un libro? ¿Seguirán insis-

tiendo los escritores en reclamar becas y canonicidades que no existen?
¿Continuarán cayendo en la trampa de alcanzar el éxito a través de las ventas en este país que no existe?

Estas preguntas no tienen que ver únicamente con los libros.
No tienen que ver solo con la literaturas ©